

BENE FACTUM

Durante el proceso de redacción de esta novela he contado con la colaboración y apoyo de varias personas a quienes deseo hacer público mi agradecimiento. En primer lugar debo citar a la periodista Yolanda Ruiz Arranz, por sus muchas gestiones para visitar la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción fuera de las horas de culto, organizar un viaje a Torija y otro a Toledo para recabar información, y recuperar de nuestro archivo la documentación sobre diversas estancias en Praga, Jerusalén, Venecia, Génova y Nápoles; a Jesús Sánchez, párroco de la iglesia de la Asunción, por sus doctas explicaciones sobre el templo y dejarnos inspeccionar la lauda de Bernardino de Mendoza; al cuerpo de bibliotecarios de la Biblioteca Nacional de Madrid por su buena disposición ante cualquier consulta realizada y por ayudarme a localizar documentos del insigne edificio relacionados con la imposición de la primera piedra y su cápsula del tiempo; a mi agente, Silvia Bastos, por aclararme cuantas dudas le planteo y ayudarme a perfeccionar el original con sus lecturas críticas y consejos; y también a Gabriela Guilera, Carlota Torrents y Pau Centellas, de la agencia literaria, por atender mis muchas peticiones y consultas con amabilidad; a Pablo Álvarez, director editorial de Suma de Letras, debo agradecer la confianza que ha depositado de nuevo en este proyecto; a Gonzalo Albert, mi editor, la infini-

dad de sugerencias y matices que aporta al original a la hora de publicar el texto; a María Santamaría, jefa de prensa de Suma de Letras, agradezco sus muchas gestiones para que mis novelas lleguen a todos los medios de comunicación; y a Carmen Deza, del departamento de prensa de la editorial, su profesionalidad y desvelos para abrirme las puertas de numerosos medios. Gracias de corazón a todos.

*Y dijo Dios: Hagamos al hombre a
nuestra imagen, conforme a nuestra
naturaleza, y señoree en los peces
del mar y en las aves de los cielos, y
en las bestias y en toda la Tierra,
y en toda serpiente que anda
arrastrando sobre la tierra.*

Génesis (I, 26), según la
Biblia del Oso de Casiodoro de Reina,
Basilea, 1569

*No fue encubierto mi cuerpo de ti,
aunque yo fui hecho en secreto, fui
entretelado en los profundos de la
tierra.*

Salmos (cxxxix, 15), según la
Biblia del Oso de Casiodoro de Reina,
Basilea, 1569

*Quien controla el pasado controla
el futuro, quien controla el presente
controla el pasado.*

George Orwell

Capítulo

I

*Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial
Lunes, 3 de diciembre de 1584*

El viaje desde París estaba plagado de peligros. Tras dos semanas de agotar y sustituir los tiros de su calesa, evitando los caminos más transitados, sin apenas moverse del asiento y con su pistola de llave de chispa sujeta a la faja, Bernardino de Mendoza, embajador de España en París y superintendente general de Inteligencia y Secretos del rey Felipe II, esperaba nervioso en los aposentos reales del monasterio de San Lorenzo de El Escorial su audiencia con el Monarca.

La orden de presentarse ante Su Majestad, encriptada para evitar que fuese desvelada de ser interceptada por sus enemigos, la recibió en la sede de la Embajada gracias a un servicio de mensajería alar que él mismo había organizado para mantenerse en comunicación permanente con el Rey y sus agentes dispersos por todo el Imperio. Obedeciendo las órdenes recibidas había viajado de incógnito, en una calesa sin distintivos y sin advertir de su marcha a los sirvientes y funcionarios de la Embajada. La Guerra de las Religiones, que enfrentaba a católicos y protestantes calvinistas, llamados de manera despectiva hugonotes, assolaba Francia y el anonimato garantizaba el éxito de cualquier acción. De caer en manos enemigas le ajusticiarían sin piedad ni consideración a su cargo. Sólo unos meses antes había sido expulsado de Inglaterra y declarado persona *non grata*, tras organizar la conspiración de

Francis Throckmorton contra Isabel I en un intento de auspiciar a María Estuardo al trono.

Bernardino de Mendoza contempló su rostro fatigado, con barba de varios días, en un espejo de molduras de plata y cada arruga que surcaba su piel la interpretó como un desvelo por mantener en pie el Imperio «donde nunca se ponía el Sol». La voz de Pedro del Hoyo, secretario personal de Felipe II, le abstraigo de sus pensamientos y le devolvió a la fría sala del monasterio. Por las ventanas observó los copos de nieve caer en abundancia.

—¡Su Majestad el Rey! —anunció Pedro del Hoyo, con altura de voz.

Felipe II entró en la estancia. Bernardino de Mendoza se inclinó en señal de respeto y sumisión a la voluntad del Monarca, y Pedro del Hoyo se retiró y cerró la puerta tras de sí para garantizar su intimidad. El Rey saludó a su embajador con gesto preocupado y le condujo ante dos cómodas poltronas situadas junto a un brasero de cobre que calentaba la sala. Le invitó a tomar asiento y suspiró fatigado.

—¿Qué tal vuestro viaje? —le preguntó el Rey.

—La guerra y la nieve han dificultado mis pasos, señor —respondió Bernardino de Mendoza—. Partí en el mismo instante de recibir vuestra misiva.

—Lamento haberos llamado de urgencia —dijo el Rey, y sus palabras sonaron a disculpa.

—¿Qué os inquieta, señor?

—Miles de asuntos —confesó Felipe II, con la mirada perdida en el repujado del brasero.

—Señor —intervino Bernardino de Mendoza con la intención de levantarle el ánimo—, la situación en Francia está bajo control, he infiltrado a dos de mis mejores hombres en la corte de Isabel I y nos informan de las intenciones de la Reina, tenemos vigilados los puertos marítimos de la Nueva España y mis agentes observan los movimientos de los corsarios, en especial, como vos

ordenasteis, los barcos de sir Francis Drake, y se informa de inmediato al almirantazgo...

—Lo sé, estimado Bernardino —le interrumpió Felipe II benevolente—. He leído vuestros informes al detalle y me consta que realizáis una labor encomiable en defensa del Imperio.

—Majestad —insistió—, si os inquieta la invasión otomana de Ifriquiya, sabed que he dispuesto agentes en las plazas de La Goleta y la isla de Gelves...

—Mi fiel amigo —suspiró el Rey—, conozco de sobra vuestra lealtad y jamás encomendaría el mando del Servicio de Inteligencia a otras manos.

—Ordenad, señor —incidió Bernardino de Mendoza dispuesto a servirle—, y vuestra voluntad se cumplirá de inmediato.

—Ha llegado hasta mis oídos —arrancó el Rey con ritmo pausado— cierta información que de corroborarla inclinaría la balanza del lado de mis enemigos.

—Majestad —dijo Bernardino de Mendoza enérgico, dolido por unas palabras que a su entender cuestionaban su eficacia en la defensa del Imperio—, nadie amenaza nuestras fronteras, y quienes osan oponerse a vos, dondequiera que se encuentren, son eliminados por mis hombres sin ningún miramiento.

Felipe II se levantó de su poltrona, cogió un atizador de hierro, cuyo mango lucía un escudo real, y removió las brasas para avivarlas. Bernardino de Mendoza le observó en silencio. Podía haber llamado a un criado para ese menester, pero prefirió hacerlo él mismo. El Rey tramaba algo complicado. Siempre resultaba directo en sus peticiones, incluso en las más delicadas y secretas que vulneraban la ley, y ahora parecían faltarle las palabras justas para exponerle sus cavilaciones. Nunca le tembló el pulso ni la voz al ordenarle la muerte de Guillermo de Orange, cabecilla de la rebelión de los Países Bajos que desató la Guerra de los Ochenta Años, o de Florence de Montmorency, barón de Montigny, noble flamenco enviado en calidad de embajador por Margarita de Parma para transmitirle una velada amenaza de pasarse al bando pro-

testante. Condenado a muerte por insurrección, el barón de Montigny esperaba un indulto del Rey que nunca llegó. Felipe II jamás le perdonó que en la primavera de 1566 le hubiera hablado en un tono altivo y desafiante para exigirle que el gobierno de los Países Bajos fuera ejercido por los flamencos, se aboliera la Inquisición y se relajaran las leyes contra los herejes. Sin un atisbo de piedad, Felipe II ordenó a Bernardino de Mendoza darle garrote en el castillo de Simancas. El Rey anteponía los intereses del Estado y los suyos propios al cumplimiento de la ley.

—¿Cuántos años lleváis a mi servicio? —le preguntó Felipe II, acomodado de nuevo en su poltrona.

—Veinticuatro, señor —respondió Bernardino de Mendoza—. Desde 1560.

—Suficientes —afirmó— para comprender que nunca os he pedido una actuación al margen de la ley de no considerarla estrictamente necesaria para el sostén del Imperio.

—Vos sois la ley, señor —acató sumiso.

—Como sabéis —dijo el Rey ante el cumplido—, en la torre de la Botica trabajan varios alquimistas en la búsqueda de remedios espagíricos y en la transmutación del metal que vuelve locos a los hombres, el oro.

—Yo mismo —le recordó Bernardino de Mendoza—, cumpliendo vuestros deseos, investigué sus vidas, les sometí a seguimientos para conocer su valía y discreción e informé a Pedro del Hoyo para que actuara en consecuencia.

—Un alquimista —siguió Felipe II—, cuyo nombre prefiero guardar en secreto, me ha revelado que en la judería de Praga se guardan tres láminas de oro que reciben el nombre de *Libro de Dios*.

—Jamás he oído hablar de semejante obra, señor —meditó Bernardino de Mendoza un tanto inquieto—. ¿Qué importancia tiene? Los hebreos son dados a la lectura de libros religiosos.

—Mi querido Bernardino —suspiró el Rey condescendiente—, según he podido saber de boca del alquimista no se trata de

un libro de religión, sino de un libro de ciencia hermética que revela el gran secreto de la vida.

—La facultad de dar vida —opuso Bernardino de Mendoza extrañado— sólo está en manos de Dios. Cualquier otra forma de pensar o actuar se considera una herejía y es perseguida por la Inquisición.

—Debo confesar —admitió el Rey— que nunca hubiese imaginado que pudiera existir tal documento alquímico.

—No deis por verdad —le aconsejó Bernardino de Mendoza, acostumbrado a propagar bulos para intoxicar a los enemigos del Imperio— una confidencia sustentada en palabras que se lleva el viento. ¿De qué pruebas dispone el alquimista? ¿Os ha aportado algún testimonio?

—¿Desconfiáis de su buena voluntad?

—No cuestiono su sinceridad, señor —argumentó Bernardino de Mendoza—, sino la calidad de su información. Hacedme caso y olvidaos del asunto. Estoy convencido de que sólo es un rumor encaminado a distraer vuestra atención de asuntos más importantes. Los enemigos del Rey son muchos y muy activos.

—Ha empeñado su palabra —refutó Felipe II—. Ha jurado ante Dios y antepuesto su honor y su vida a la mentira. Ningún hombre se arriesga a sentarse en el garrote por una farsa. Nada tiene que ganar y mucho que perder.

—Insuflar vida a un ser humano —arguyó Bernardino de Mendoza— no está en manos de los mortales. Sólo hay un Creador. Olvidaos. Hacedme caso.

—No puedo, Bernardino —insistió el Rey en sus trece—. De existir dicho libro y obrar en poder de mis enemigos peligraría la estabilidad de España, la seguridad del Estado y del Imperio, y pronto veríamos nuestras fronteras y mares invadidos por un ejército de seres invencibles.

—Señor...

—Debéis mantener absoluta reserva sobre este asunto —le cortó Felipe II tajante— y averiguar la verdad.

—Se hará como ordenáis, señor. —Bernardino de Mendoza inclinó la cabeza para demostrarle su lealtad—. ¿Qué más podéis decirme de ese misterioso libro?

—Poco —resopló Felipe II contrariado—. Una leyenda asegura que Dios reveló a un rabino el secreto de la creación y grabó la fórmula en tres láminas de oro para preservarla hasta la eternidad.

—Señor —se atrevió a rebatirle—, corren miles de fábulas sobre seres fantásticos, países imaginarios, gigantes más altos que la torre de Babel... Hace medio siglo —intentó convencerle— Sebastian Münster, el célebre cosmógrafo y geógrafo de la Universidad Reformada de Basilea, publicó su *Cosmographia universalis*, repleta de monstruos marinos que poblaban lejanos y tenebrosos mares, y nuestros barcos jamás se toparon con ninguno.

—¿Tomáis por lerdos al Rey? —le increpó molesto.

—Perdonad, Majestad —se apresuró a disculparse Bernardino de Mendoza—. Nada más lejos de mi intención. Sólo pretendía servirlos con lealtad, humildad y mente clara.

—Tampoco el Rey cree a ciegas en semejantes patrañas —suavizó Felipe II la conversación—. No estoy convencido de que ese libro contenga el secreto mejor guardado de la Naturaleza. Pero debo pedirlos que lo averigüéis.

—¿Sabéis dónde se guarda?

—No —respondió el Rey, concentrado en la incandescencia de los carbones del brasero—. El alquimista nunca lo vio.

—¿Cómo supo de su existencia?

—Por la confesión de otro filósofo en su lecho de muerte. Le confió el secreto *in articulo mortis*.

—Entre mis agentes de Praga —expuso Bernardino de Mendoza para complacerle— figura un marrano de la aljama de Gerona. Le pediré que indague de manera discreta entre la comunidad hebrea.

—¿Confíaís en un converso que *in occulto* practica su religión?

—Entregaría mi alma al diablo —afirmó Bernardino de Mendoza— si de ello dependiera la seguridad del Imperio.

—No escatiméis ni un escudo en esta misión —respiró Felipe II aliviado—, y si el maldito libro existe traedlo en mano a mi presencia.

—Así se hará, señor.

—Guardad el secreto y hacedlo guardar —insistió Felipe II—. Vos conocéis mejor que nadie las ambiciones alquímicas de mi sobrino el emperador Rodolfo II. Su corte está trufada de sopladores, magos, cabalistas, astrólogos judiciares, hermetistas y herejes que bien merecerían sentarse en el garrote. Si llega a sus oídos la noticia del *Libro de Dios* no descansará hasta conseguirlo. Debemos adelantarnos.

—Esta misma noche —determinó— organizaré el operativo necesario.

—Gracias, mi fiel Bernardino —suspiró Felipe II aliviado—. He ordenado que os preparen una alcoba. La nieve cierra las trochas y sendas, y sería una imprudencia viajar en semejantes condiciones a Madrid.

—Dormiré en el monasterio —aceptó— y de madrugada partiré hacia París.

—Quedad con Dios.

—Que Él os guarde, Majestad.

Felipe II se retiró. Los rescoldos del brasero todavía ardían con intensidad. Bernardino de Mendoza se levantó de su poltrona, extendió las palmas de las manos hacia el calor y suspiró preocupado. Jamás se cuestionaba las órdenes del Rey por estrafalarias que fuesen. Se limitaba a cumplirlas y a mantenerlas en secreto. A petición de Su Majestad había investigado a astrólogos y alquimistas para informar de sus avances en el arte de la transmutación, había traído del Nuevo Mundo un extraño espejo de obsidiana, y había rastreado por toda Europa cuadros perturbadores de la moral y del ingenio pintados por Jeroen Anthoniszonn van Aeken, apodado Hieronymus Bosch, que ahora colgaban en las

estancias del monasterio para deleite del Rey. Su única misión en la vida consistía en servirle con honor y lealtad.

Un fraile jerónimo entró en la sala y pidió a Bernardino de Mendoza que le acompañara. Le condujo a una alcoba de tradición espartana, dotada de una cama con colchón de lana y cobertor de plumón, una salamandra, una papelerita italiana sobre una mesa de fiadores y un aguamanil.

—Espero que estéis cómodo, señor —le deseó el fraile.

—Es tanta mi fatiga —lamentó Bernardino de Mendoza— que dormiría sobre un jergón de piedras.

—Más tarde —dijo el fraile, con una leve sonrisa— vendré a reponer el carbón de la salamandra.

—Gracias.

—Que Dios alivie vuestro cansancio —se despidió.

Bernardino de Mendoza se lavó la cara y las manos en el aguamanil, se sentó en un taburete frente a la mesa y cogió una pluma de ganso. Afiló la caña con una cuchilla que encontró en un cajoncito de la papelerita, la mojó en tinta y escribió tres nombres en una hoja de papel. Luego miró el crucifijo que presidía el lecho colgado de la pared y rogó a Dios que guiara a sus hombres.

Capítulo

1

Al entrar en la sala agradeció el calor de la calefacción y se frotó las manos para expulsar el frío de ellas. Dejó su chaquetón en el guardarropía y se acomodó en la última hilera de sillas. Desde esa posición controlaría mejor las pujas. La sesión estaba a punto de comenzar. Los posibles compradores, hombres con aspecto de ejecutivos y mujeres vestidas de alta costura, ocupaban casi todos los asientos que mostraban el cartelito de «Reservado». Julián Castilla reconoció a varios de los presentes de otras subastas. Los dos últimos meses había recorrido algunas de las principales salas de Madrid: Ansorena, Alcalá, Durán, Goya, Segre, Galileo... para sumergirse en el mundo del arte y había entrevistado a coleccionistas, anticuarios, marchantes y directores de galerías. Escribía un artículo sobre el trasfondo de las inversiones y el tráfico legal de obras y requería la máxima información. Las obras de arte se revalorizaban entre un diez y un doce por ciento anual y los inversores, la mayoría de las veces incapaces de diferenciar un cuadro impresionista de otro cubista, buscaban refugio para sus capitales en el arte.

Sacó una libreta y se dispuso a seguir su primera subasta de libros. Había acudido a otras de cuadros, joyas, monedas, sellos, esculturas y muebles. Las hojas de su libretita rebosaban de anotaciones. Para comparar las inversiones y los precios seguía, a tra-

vés de revistas especializadas e Internet, las subastas celebradas en otros países. El mundo del arte movía en España millones de euros anuales, pero ninguna sala competía en calidad y cuantía con las ventas de Sotheby's o Christie's.

Christie's de Londres había subastado el diamante *Der Blaue Wittelsbacher*, de 35,56 quilates, que regaló Felipe IV a su hija la infanta Margarita Teresa, en 18.704.698 euros, y su homóloga de Nueva York una lámpara de mesa Wisteria, en cristal y bronce, fabricada en 1905 por Tiffany Studios, en 295.030 euros. Christie's también había subastado el manuscrito del discurso que pronunció el presidente Abraham Lincoln en 1864, desde una ventana de la Casa Blanca, en 2.629.747 euros. Por su parte Sotheby's adjudicó *Bailarina descansando*, de Edgar Degas, en 29.505.795 euros y *Vampiro*, de Edvard Munch, en 30.390.879 euros. Antiquorum de Ginebra había subastado un reloj Patek Philippe de oro rosa, primera serie del año 1950, en 911.205 euros. Julián Castilla suspiró. Sólo las grandes fortunas podían permitirse el lujo de pagar cinco mil millones de las antiguas pesetas por un cuadro, más de cuatrocientos millones por unos folios de papel, cincuenta millones por una lámpara de mesa o ciento cincuenta por un reloj de muñeca.

La sala estaba a rebosar. A falta de sillas, varios de los asistentes permanecían de pie. El subastador se situó en el púlpito y procedió a abrir la sesión. El murmullo de las conversaciones se apagó ante el anuncio del primer lote: un ejemplar del *Tesoro de la lengua castellana o española*, de Sebastián de Covarrubias, editado en 1611 por Luis Sánchez, impresor de la Casa Real. El precio de salida se estipulaba en 1.000 euros, y pronto las manos se alzaron y las pujas se incrementaron. Quince minutos después el subastador adjudicó, con un golpe de maceta, el libro en 2.750 euros a un anciano que caminaba apoyado en un bastón. Julián Castilla le observó. Estaba convencido de que se trataba de un bibliófilo, un amante de los libros.

La subasta siguió con otros volúmenes menos importantes y después de una hora y media se pusieron a la venta las principales